



## Cine y realidad

Ciudadanía, 05/01/2020

Los disparates tienen también su mérito. No todo el que quiere disparata con gracia, por más que muchos prueben a hacerlo.

Gustavo Adolfo Bécquer, Revista de la semana.

Lo que más me llama la atención de los americanos, vistos a través de sus películas, es la carencia del más mínimo de los respetos a la hora de hablar o relacionarse entre ellos. La amabilidad, la cordialidad, la educación, es algo que, por lo visto, no cabe dentro de sus parámetros. Por supuesto, tampoco la más mínima noción de higiene, aseo o limpieza. A veces da la impresión de que viven como cerdos, hablan como canallas y no piensan en nada. Verlos comer en las películas, fumando en tanto lo hacen, o rodeados de trastos, suciedad y desorden, es tener el vómito asegurado.

Evidentemente uno se podía plantear hasta qué punto el cine es un reflejo de la realidad. Pero tanta insistencia ante el mismo tema, ante las actitudes y la educación, ya da que pensar. No es menos cierto que cualquier europeo, allá por los años sesenta, también se podía haber preguntado si el cine español reflejaba lo que éramos en realidad el común de los mortales en aquellos dorados años. Nunca, desde luego, me he sentido reflejado por aquellas infames películas en la que no había más que una obsesión: el sexo. Obsesión que nunca se llevaba a cabo porque, al final, el español prefería a su novia de toda la vida, que era casta, honesta y digna madre de sus hijos. ¿Dónde quedaban el amor y los sentimientos? En ninguna parte. Jamás en ninguna de aquellas infames películas se planteó el sexo como un enorme placer y una enorme entrega de ternura.

Sí, es cierto: se hace mucho cine, se escriben muchas novelas y se publican infinidad de libros. Pero qué chabacano todo ello, qué difícil dar con un buen libro o una buena película. Cuánta superfluidad y tema manido y previsible. Hay diversión para algunos, no cabe duda, sin estudio ni análisis, por supuesto.

No recuerdo si he leído la novela de H.G. Wells. Creo que no porque la ciencia ficción no es uno de mis temas preferidos. Lo poco que he leído me ha parecido aburrido y carente de imaginación. Y las películas, salvo la de 2001, una odisea del espacio, Planeta salvaje, y alguna más, son las típicas aventuras de toda la vida aunque ambientadas, ahora, en galaxias lejanas donde Tizona o Colada se convierten en tubos fluorescentes, pero quien las maneja no tiene la entidad de un Rodrigo Díaz de Vivar, por ejemplo.

Y estaría muy bien hacer una buena película sobre este hombre. Quizás para ello hiciera falta el talento de Orson Wells, o que alguna productora se arriesgara a arruinarse, si dicha película buscaba la verdad y no el espectáculo y la memez.

La película no me ha gustado: todo muy previsible, todo lleno de porquería, y de poca ciencia ficción, desde luego. La historia del padre y el hijo que no se quieren, que se hablan como un apache borracho le podría hablar al más engreído de los burros americanos, pero que se dan cuenta de cuán grande es el amor que se tienen, al ser atacados por unos seres increíbles, tan monstruosos como ellos mismos, es una verdadera memez.

La mejor distracción sigue siendo los libros y las conversaciones con los amigos y los niños. No creo que hayamos adelantado mucho desde la Edad Media, o desde la Grecia clásica. Y es que hay cosas que ya las inventaron ellos. Y que no se pueden superar: el encanto de una buena conversación y de un agotador ejercicio de lectura. La buena paideia.